

á los sarracenos en Egipto. Usted puede decir aún: «Esos ejemplos son muy rancios, todas esas ingratitudes tienen trescientos años de Instrucción pública, y los esqueletos de esa edad son fabulosos». Pues bien, joven, ¿cree usted en el semidiós de la Francia, en Napoleón? ha tenido á uno de sus generales en desgracia, le ha hecho mariscal á regaña dientes, y nunca se ha servido de él con gusto. Este mariscal se llama Kellermann. ¿Sabe usted por qué?... Kellermann ha salvado á Francia y al primer cónsul en Marengo por medio de una carga audaz que fué aplaudida en medio de la sangre y del fuego. Ni siquiera se habló de esta carga heroica en el boletín. La causa de la frialdad de Napoleón por Kellermann es la causa del disfavor de Fouché, del príncipe de Talleyrand: la ingratitud del rey Carlos VII, la de Richelieu, la ingratitud...

—Pero, padre mío, suponiendo que usted me salve la vida y que haga mi fortuna—dijo Luciano,—hace usted así mi agradecimiento bastante ligero.

—Picaruelo—dijo el sacerdote sonriéndose y cogiendo de la oreja á Luciano para retorcersela con una familiaridad casi real,—si fuese usted ingrato conmigo, sería usted entonces un hombre fuerte, y yo me colocaría delante de usted; pero aun no ha llegado usted á ese punto, pues, de sencillo colegial, ha querido usted pasar demasiado pronto á maestro. Es el defecto de los franceses de la época de usted. Han sido viciados todos por el ejemplo de Napoleón. Da usted su dimisión porque no puede obtener la charretera que desea. Pero ¿ha llevado usted todos sus quereres, todas sus acciones á una idea?...

—¡Ay de mí! no—dijo Luciano.

—Ha sido usted lo que los ingleses llaman *inconsistent*—repuso el canónigo sonriendo.

—¿Qué importa lo que he sido, si no puedo ser ya nada?—respondió Luciano.

—Que se encuentre detrás de todas las buenas cualidades de usted una fuerza *semper virens*—dijo el sacerdote queriendo demostrar que sabía un poco de latín,—y nada resistirá á usted en el mundo. Le quiero á usted bastante... (Luciano se sonrió con aire incrédulo.) Sí—repuso el desconocido respondiendo á la sonrisa de Luciano,—me intereso por usted como si fuese mi hijo, y soy bastante poderoso para hablarle con el corazón en la mano, como acaba

usted de hablarme. ¿Sabe lo que me agrada en usted?... Ha hecho usted en sí mismo tabla rasa, y puede oír un curso de moral que no se hace en ninguna parte; pues los hombres, en conjunto, son aún más hipócritas que cuando su interés les obliga á fingir. Así pasa una buena parte de su vida escardando lo que ha dejado crecer en su corazón durante la adolescencia. Esta operación se llama adquirir experiencia.

Luciano, al mismo tiempo que escuchaba al sacerdote, se decía:

—Es algún viejo político encantado de divertirse por el camino. Se divierte en hacer cambiar de opinión á un pobre muchacho que ha encontrado á punto de suicidarse, y va á dejarme en medio de su broma... Pero sabe muy bien la paradoja, y me parece tan fuerte como Blondet ó Lous-teau.

A pesar de esta prudente reflexión, la corrupción tentada por este diplomático en Luciano entraba profundamente en esta alma bastante dispuesta á recibirla, y hacía tantos más estragos, cuanto que se apoyaba en ejemplos célebres. Cogido por el encanto de esta conversación cínica, Luciano se agarraba tanto más á la vida, cuanto que se sentía sacado á la superficie, del fondo de su suicidio, por un brazo poderoso.

En esto, el sacerdote triunfaba evidentemente. Así, de cuando en cuando, había acompañado de una maliciosa sonrisa sus sarcasmos históricos.

—Si su manera de tratar la moral se parece á su manera de considerar la historia—dijo Luciano,—quisiera saber cuál es en este momento el móvil de su aparente caridad.

—Eso, joven, es el último punto de mi plática, y usted me permitirá que me lo reserve, pues así no nos separaremos hoy—repuso con la finura de un sacerdote que ve que su malicia tiene éxito.

—Pues bien, hábleme de moral—dijo Luciano, que se dijo á sí mismo:—Voy á hacer que se declare.

—La moral, joven, comienza en la ley—dijo el sacerdote.—Si no se tratase más que de religión, las leyes serían inútiles: los pueblos religiosos tienen pocas leyes. Por encima de la ley civil, está la ley política. Pues bien, ¿quiere usted saber lo que está escrito por un hombre político en la frente del siglo XIX? Los franceses han inventado, en 1793,

una soberanía popular que ha terminado con un emperador absoluto. Esto respecto á nuestra historia nacional. Cuanto á nuestras costumbres, las señoras Talliën y Beauharnais han guardado la misma conducta. Napoleón se casa con una de ellas, la hace emperatriz, y no ha querido recibir nunca á la otra, aunque era princesa. Descamisado en 1793, Napoleón se pone la coraza de hierro en 1804. Los feroces amantes de *la Igualdad ó la Muerte* de 1792, desde 1806 se hacen cómplices de una aristocracia legitimada por Luis XVIII. En el extranjero, la aristocracia, que reina hoy en el arrabal Saint-Germain, ha obrado peor: ha sido usurera, traficante, ha hecho pequeños pasteles, ha sido cocinera, cortijera y pastora. En Francia, pues, la ley política, lo mismo que la ley moral, todos y cada uno han desmentido el estreno á su llegada, sus opiniones por la conducta, ó la conducta por las opiniones. No ha habido lógica, ni en el gobierno, ni en los particulares. Así, pues, no tienen ya moral. Hoy, en ustedes, el éxito es la razón suprema de todas las acciones, cualesquiera que éstas sean. El hecho no es, pues, nada en sí mismo; está todo entero en la idea que los otros se forman de él. De aquí, joven, un segundo precepto: ¡tener hermosas apariencias! esconda el reverso de su vida, y presente su lado brillante. La discreción, esa divisa de las ambiciones, es la de nuestra orden: haga usted de ella la suya. Los grandes cometen tantas bajezas como los miserables; pero las cometen en la sombra y hacen gala de sus virtudes: permanecen grandes. Los pequeños despliegan su virtud en la sombra, y exponen sus miserias á la luz del día, y son despreciados. Usted ha ocultado sus grandezas y ha dejado ver sus llagas. Ha tenido usted públicamente por querida á una actriz, ha vivido usted en su casa, con ella; no tenían de qué reprenderle, porque ustedes dos eran completamente libres; pero chocó usted de frente con las ideas del mundo, y no ha obtenido usted la consideración que el mundo concede á los que obedecen sus leyes. Si hubiese usted dejado Coralía á ese señor Camusot, si hubiese ocultado sus relaciones con ella, se hubiese casado con la señora de Bargetón, y sería usted prefecto de Angulema y marqués de Rubempré. Cambie de conducta; saque afuera su belleza, sus gracias, su espíritu y su poesía. Si se permite usted pequeñas infamias, hágalo entre cuatro paredes. Desde entonces no será usted considerado un borrón en las deco-

raciones de ese gran teatro llamado mundo. Napoleón llamó á esto: *La ropa sucia se lava en casa*. Del segundo precepto se deriva este colorario: todo está en la forma. Hay gentes sin instrucción que, apuradas por la necesidad, cogen una suma cualquiera violentamente á otro; les llaman criminales y están obligados á entenderse con la justicia. Un pobre hombre de genio encuentra un secreto cuya explotación equivale á un tesoro; usted le presta tres mil francos (como esos Cointet, que se han encontrado con los tres mil francos de usted entre las manos y van á despojar á su cuñado de usted), le atormenta usted de manera que le ceda todo ó parte de su secreto, no cuenta usted más que con su conciencia, y ésta no le lleva á usted á los tribunales. Los enemigos del orden social se aprovechan de este contraste para ladrar á la justicia y enojarse en nombre del pueblo porque se envía á galeras á un ladrón nocturno de gallinas en un recinto habitado, mientras que se mete en la cárcel, por algunos meses solamente, á un hombre que arruina á familias haciendo una quiebra fraudulenta; pero esos hipócritas saben muy bien que, condenando á los ladrones, los jueces mantienen la barrera que hay entre los pobres y los ricos, la cual, derribada, traería consigo el fin del orden social; mientras que el quebrado, el experto apresador de sucesiones, el banquero que mata un negocio en provecho suyo, no producen más que cambios de fortuna. De modo que la sociedad, hijo mío, está obligada á distinguir, en provecho de ella, lo que yo le hago distinguir á usted para el suyo. El objeto es igualarme á toda la sociedad. Napoleón, Richelieu, los Médicis se igualaron á su siglo. ¡Usted se estima en doce mil francos!... ¡Vuestra sociedad no adora ya al verdadero Dios, sino al Becerro de Oro! Tal es el fundamento de vuestra Constitución, que no se preocupa, en política, más que de la propiedad. ¡No es decir á todos los individuos: «¡Procurad ser ricos!»? Cuando, después de haber sabido adquirir legalmente una fortuna, sea usted rico y marqués de Rubempré, se permitirá usted el lujo del honor. Entonces hará usted profesión de tanta delicadeza, que nadie osará acusarle á usted de haber faltado nunca á ella, aunque falte al hacer fortuna, cosa que no le aconsejaré nunca—dijo el sacerdote cogiéndole una mano á Luciano y golpeándosela.—¿Qué debe usted, pues, meter en esa hermosa cabeza?... Únicamente el tema siguiente: Proponerse un fin brillante y ocultar los

medios de llegar á él, ocultando también su marcha. Ha obrado usted como un niño; sea hombre, sea cazador, póngase al acecho, embósquese en el mundo parisiense, espere una presa ó una casualidad, no economice ni su persona, ni eso que llaman su dignidad; pues todos obedecemos á alguna cosa, á un vicio, á una necesidad; pero observe la ley suprema el secreto.

—¡Me asusta usted, padre mío!—exclamó Luciano.—Eso me parece una teoría de carretera real.

—Tiene usted razón—dijo el canónigo,—pero no sale de mí. Así es cómo han razonado los que han medrado, la casa de Austria, así como la casa de Francia. No tiene usted nada, está usted en la situación de los Médicis, de Richelieu, de Napoleón al principio de su ambición. Esas gentes, hijo mío, han estimado su porvenir al precio de la ingratitud, de la traición y de las contradicciones más violentas. Es preciso atreverse á todo para obtenerlo todo. Razonemos. Cuando se sienta usted ante una mesa de tresillo, ¿discute usted las condiciones? Las reglas están allí, usted las acepta.

—Vamos—pensó Luciano,—también conoce el juego.

—¿Cómo se conduce usted en este caso?—dijo el sacerdote.—¿Practica usted la más hermosa de las virtudes, la franqueza? No solamente oculta usted sus naipes, sino que, además, trata usted de hacer creer, cuando está seguro de triunfar, que va á perderlo todo. En fin, disimula usted, ¿verdad? ¡Miente usted por ganar cinco luises!... ¿Qué diría usted de un jugador bastante generoso para indicar á los demás el modo de ser vencido? Pues bien, el ambicioso que quiere someterse á los preceptos de la virtud, en una carrera donde los antagonistas se despojan de ella, es un niño á quien los antiguos políticos dirían lo que los jugadores dicen á aquel que no sabe sacar partido de sus cartas: «Señor, no juegue usted nunca al tresillo». ¿Es que usted hace las reglas en el juego de la ambición? ¿Por qué le he dicho á usted que se igualase á la sociedad?... Es que hoy, joven, la sociedad se ha arrogado insensiblemente tantos derechos sobre los individuos, que el individuo se ve obligado á combatir á la sociedad. Ya no hay leyes, sino costumbres, es decir, falsedades, siempre la forma. (Luciano hizo un gesto de asombro.) ¡Ah! hijo mío—dijo el sacerdote creyendo haber sublevado el candor de Luciano,—¿esperaba usted encontrar al ángel Gabriel en un canónigo cargado de

todas las iniquidades de la anti-diplomacia de dos grandes reyes (soy el intermediario entre Fernando VII y Luis XVIII, dos grandes... reyes que deben ambos la corona á profundas... combinaciones)...? Creo en Dios, pero creo mucho más en nuestra orden, y nuestra orden no cree más que en el poder temporal. Para hacer el poder temporal muy fuerte, nuestra orden mantiene la Iglesia apostólica, católica y romana, es decir, el conjunto de sentimientos que mantienen al pueblo en la obediencia. Somos los Templarios modernos, tenemos una doctrina. Como el Temple, nuestra orden fué derribada por las mismas razones: se había igualado al mundo. Si quiere usted ser soldado, yo seré su capitán. Obedézcame como una mujer obedece á su marido, como un niño obedece á su madre, y le garantizo que en menos de tres años será usted marqués de Rubempré, se casará con una de las jóvenes más nobles del arrabal de Saint-Germain y se sentará usted un día en los bancos de los pares. En este momento, ¿qué sería de usted si no le hubiese entretenido con mi conversación? un cadáver inhallable en un profundo lecho de légamo. Pues bien, haga usted un esfuerzo de poesía... (Aquí Luciano miró con curiosidad á su protector.) El joven que se encuentra sentado aquí, en esta calesa, al lado del sacerdote Carlos Herrera, canónigo honorario del cabildo de Toledo, enviado secreto de Su Majestad Fernando VII á Su Majestad el rey de Francia, para llevarle un despacho donde tal vez le dice: «Cuando me hayáis libertado, haced prender á todos los que acaricio en este momento, sobre todo á mi enviado, para que guarde verdaderamente el secreto», este joven no tiene nada de común con el poeta que acaba de morir. ¡Le he pescado á usted, le he salvado la vida, y me pertenece como la criatura al creador, como el cuerpo al alma! Yo le sostendré á usted con mano poderosa en la senda del poder, y le prometo, no obstante, una vida de placeres, de honores y de fiestas continuas... Nunca le faltará dinero. Usted brillará, hará ostentación, mientras que yo, encorvado en el lodo de las fundaciones, aseguraré el brillante edificio de su fortuna. ¡Yo amo el poder por el poder mismo! seré feliz con sus goces, que á mí me están prohibidos. En fin, ¡seré otro usted mismo! Pues bien, el día que este pacto de hombre ó demonio, de niño ó diplomático, no le convenga á usted, podrá usted ir á buscar un lugarcillo, como ese de que usted habla, para

ahogarse. Será usted, poco más ó menos, lo que es hoy, desgraciado ó deshonrado.

—¡No es eso una homilía del arzobispo de Granada!— exclamó Luciano, viendo la calesa detenida ante una posta.

—No sé el nombre que dan ustedes á este compendio de instrucción, hijo mío, pues le adopto á usted y será mi heredero; pero es el código de la ambición. Los elegidos de Dios son muy escasos. No hay elección: es preciso ir al fondo del claustro (¡y encontrará usted en él el mundo en pequeño!) ó es preciso aceptar este código.

—Tal vez vale más no ser tan sabio—dijo Luciano tratando de sondear el alma de aquel terrible sacerdote.

—¡Cómo!—repuso el cura—después de haber jugado sin conocer las reglas del juego ¿abandona usted la partida en el momento en que se vuelve usted fuerte, en que se presenta usted con un padrino fuerte... y sin tener al menos el deseo de tomar la revancha? ¡Cómo! ¿no siente usted ganas de subirse en las espaldas de los que le han arrojado de París?

Luciano se estremeció como si algún instrumento de bronce, un batintín chino, hubiese dejado oír esos terribles sonidos que atacan á los nervios.

—No soy más que un humilde sacerdote—continuó aquel hombre extraño, dejando asomar una horrible expresión en su terrible cara bronceada por el sol de España;—pero si alguien me hubiese humillado, torturado, traicionado ó vendido, como lo ha sido usted por los pillos de que me ha hablado, sería como el árabe del desierto... Sí, dedicaría mi cuerpo y mi alma á la venganza. Me importaría poco acabar mi vida enganchado en una barca, sentado en el garrote, empalado, guillotinado, como en Francia; pero no me dejaría coger la cabeza hasta después de haber pisoteado á mis enemigos.

Luciano guardaba silencio: no tenía ya ganas de hacer hablar á aquel sacerdote.

—Unos son descendientes de Abel, otros de Caín—dijo el canónigo para terminar;—yo soy de sangre mezclada. Soy Caín para mis enemigos, Abel para mis amigos, y ¡desgraciado del que despierte á Caín!... Después de todo, usted es francés, y yo soy español y, por añadidura, canónigo...

—¡Qué naturaleza de árabe!—se dijo Luciano examinando al protector que el cielo acababa de enviarle.

El cura Carlos Herrera no ofrecía nada, en sí, que revelase al jesuita, ni aun á un religioso cualquiera. Era rechoncho, de largas manos, busto ancho, fuerza hercúlea, mirada terrible, pero dulcificada por una mansedumbre de encargo, y de tez de bronce que no dejaba transpirar nada de dentro afuera: inspiraba mucha más repulsión que apego. Largos y hermosos cabellos empolvados á la manera del príncipe de Talleyrand, daban á este singular diplomático el aire de un obispo, y el cordón azul á listas blancas del cual pendía una cruz de oro, indicaba, por otra parte, á un dignatario eclesiástico. Sus medias de seda negra modelaban unas piernas de atleta. Sus hábitos, de una exquisita limpieza, revelaban ese cuidado minucioso de la persona que los sencillos curas no acostumbran tener, sobre todo en España. Un tricornio estaba colocado en la delantera del coche adornado con las armas de España. A pesar de tantas causas de repulsión, sus modales, á la vez violentos y embaucadores, atenuaban el efecto de su fisonomía; y para Luciano, el sacerdote se había vuelto coquetón, acariciador, casi gato. Luciano examinó las menores cosas con aire preocupado. Sentía que se trataba en aquel momento de vivir ó de morir, pues se encontraba en la segunda posta de Ruffec. Las últimas frases del sacerdote español habían removido muchas cuerdas en su corazón; y, digámoslo para vergüenza de Luciano y del sacerdote, que examinaba con ojo perspicaz la hermosa cara del poeta, estas cuerdas eran las peores, las que vibran bajo el ataque de los sentimientos depravados. Luciano volvió á ver París, volvió á coger las riendas de la dominación que sus inhábiles manos habían soltado, ¡se vengaba! La comparación que acababa de hacer entre la vida de provincias y la de París, que era la causa que más le había decidido á suicidarse, desaparecía: iba á volver á encontrarse en su centro, pero protegido por un político profundo hasta la perfidia de Cromwell.

—Estaba solo, seremos dos—se decía.

Cuantas más faltas de su conducta anterior le había él descubierto, más interés le demostraba el eclesiástico. La caridad de este hombre iba en aumento en razón de la desgracia, y no se asombraba de nada. No obstante, Luciano se preguntó cuál podía ser el móvil de aquel portador de intrigas reales, y se dió la siguiente razón: «¡Los españoles son generosos!» El español es generoso, como el

italiano envenenador y celoso, como el francés ligero, como el alemán franco, como el judío innoble, como el inglés noble. Cambiad estas proposiciones y tendréis la verdad. Los judíos han acaparado el oro, escriben *Roberto el Diablo*, representan *Fedro*, cantan el *Guillermo Tell*, encargan cuadros, levantan palacios, escriben *Reisbilder* y admirables poesías, son más poderosos que nunca, su religión es admitida, en fin, ¡conceden crédito al papal! En Alemania, para la menor cosa, le preguntan á un extranjero: «¿Tiene usted un contrato?», tantas trampas han hecho. ¡En Francia, hace cincuenta años que aplauden en la escena estupideces nacionales, continúan llevando inexplicables sombreros, y el gobierno no cambia más que con la condición de ser siempre el mismo!... Inglaterra despliega á la faz del mundo perfidias cuyo horror no puede compararse más que á su avidez. El español, después de haber tenido el oro de las dos Indias, no tiene ya nada. No hay ningún país del mundo que registre menos envenenamientos que Italia, y donde las costumbres sean más fáciles y más corteses. Los españoles han disfrutado mucho de la reputación de los moros.

Cuando el español subió á la calesa, dijo al postillón:

—Necesito alcanzar el correo, hay tres francos de propina.

Luciano dudaba en subir, el sacerdote le dijo: «Dese prisa», y Luciano subió, con el pretexto de espetarle un argumento *ad hominem*.

—Padre mío—le dijo,—un hombre que acaba de deslizar con la mayor sangre fría del mundo las máximas que muchos burgueses tacharían de profundamente inmorales...

—Y que lo son—dijo el sacerdote,—y he ahí por qué Jesucristo quiso que el escándalo tuviese lugar, hijo mío. Y he ahí por qué el mundo manifiesta tan gran horror por el escándalo.

—¡Un hombre de su temple, no se asombrará de la pregunta que voy á hacerle!

—¡Diga, hijo mío!...—profirió el clérigo.—Usted no me conoce. ¿Cree usted que tomaré un secretario sin saber antes si tiene principios bastante firmes para no coger nada? Estoy contento de usted. Posee usted aún todas las inocencias del hombre que se mata á los veinte años. ¿Cuál es su pregunta?...

—¿Por qué se interesa usted por mí? ¿Qué precio pide

usted de mi obediencia?... ¿Por qué me lo da usted todo? ¿cuál es su parte?

El español miró á Luciano y se sonrió.

—Esperemos una cuesta, la subiremos á pie, y hablaremos al aire libre. El fondo de una calesa es indiscreto.

El silencio reinó durante algunos momentos entre los dos compañeros, y la rapidez de la marcha contribuyó, por decirlo así, á la borrachera moral de Luciano.

—Padre mío, ya tenemos ahí la cuesta—dijo Luciano, despertándose como de un sueño.

—Pues bien, vamos—dijo el sacerdote, gritándole al postillón, con voz fuerte, que se detuviese.

Y ambos se lanzaron al camino.

—Niño—le dijo el español tomando á Luciano por el brazo—¿has meditado sobre la *Venecia salvada* de Otway? ¿Has comprendido esa amistad profunda, de hombre á hombre, que une á Pedro y á Jaffier, que hace para ellos de una mujer una bagatela, y que cambia entre ellos todos los términos sociales? Pues bien, ¡esto para el poeta!

—El canónigo conoce también el teatro—se dijo Luciano.—¿Ha leído usted á Voltaire?—le preguntó.

—He hecho más—respondió el canónigo,—lo pongo en práctica.

—¿No cree usted en Dios?...

—Vamos, soy yo quien es el ateo—dijo el sacerdote sonriendo.—Vamos á lo positivo, hijo mío—repuso cogiéndole por la cintura.—Tengo cuarenta años, soy hijo natural de un gran señor, que quiere decir sin familia, y tengo un corazón... Pero aprende esto, grábalo en tu cerebro tan tierno aún: el hombre siente horror por la soledad. Y de todas las soledades, la soledad moral es la que asusta más. Los primeros anacoretas vivían con Dios, habitaban el mundo más poblado, el mundo espiritual. Los avaros habitan en el mundo de la fantasía y de los goces. El avaro lo tiene todo, hasta su sexo, en el cerebro. El primer pensamiento del hombre, ya sea leproso ó forzado, infame ó enfermo, es tener un cómplice de su destino. En satisfacer este sentimiento, que es la vida misma, emplea todas sus fuerzas, todo su poder, la esencia de su vida. Sin este deseo soberano, ¿hubiera podido encontrar compañeros Satanás? Hay para hacer un poema de esto, que sería el prólogo de *El Paraíso perdido*, que no es más que la apología de la rebelión,

—Eso sería la Iliada de la corrupción—dijo Luciano.

—Pues bien, yo estoy solo, vivo solo. Si llevo los hábitos, no tengo el corazón del sacerdote. Me gusta sacrificarme, tengo ese vicio. Vivo por la abnegación, he ahí por qué soy sacerdote. No temo la ingratitud, soy agradecido. La Iglesia no es nada para mí, es una idea. Me he consagrado al rey de España; pero, como no puedo amar al rey de España, me protege, se cierne por encima de mí. Quiero amar á mi criatura, darle modales, amasarla para mi uso, á fin de amarla como ama un padre á su hijo. Rodaré en tu tilburi, hijo mío, gozaré de tus éxitos con las mujeres; diré: «¡Ese hermoso joven es yo mismo! ese marqués de Rubempré lo he creado yo y lo he puesto en el mundo aristocrático; su grandeza es obra mía, habla ó calla á mi mando, me consulta en todo.» El abate de Vermont era eso mismo para María Antonieta.

—¡La ha conducido al cádalso!

—No amaba á la reina—respondió el sacerdote,—amaba al abate de Vermont.

—¿Debo dejar tras de mí la desolación?—dijo Luciano.

—Tengo tesoros, tendrás cuanto dinero quieras.

—En este momento sería capaz de todo para libertar á Sechard — replicó Luciano con voz que no hablaba ya de suicidio.

—Di una palabra, hijo mío, y recibirás mañana por la mañana la suma necesaria para su liberación.

—¡Cómo! ¿Me daría usted doce mil francos?...

—¡Eh! niño, ¿no ves que hacemos cuatro leguas por hora? Vamos á comer á Poitiers. Allí, si quieres firmar el pacto, darme sólo una prueba de obediencia, ¡es grande, la exijo!, la diligencia de Burdeos llevará quince mil francos á tu hermana.

—¿Dónde los tiene?

El sacerdote no respondió, y Luciano se dijo:

—Ya está cogido, se burlaba de mí.

Un instante después, el español y el poeta subieron al coche silenciosamente. El sacerdote metió con cautela la mano en el bolsillo del coche, y sacó esa bolsa de piel en forma de talego, dividida en tres compartimientos, tan conocido de los viajeros, y sacó cien portugueses metiendo en ella tres veces la mano, que sacó llena de oro.

—Padre mío, soy suyo—dijo Luciano deslumbrado por aquel montón de oro.

—¡Niño! — dijo el sacerdote besando con ternura á Luciano en la frente,—esto no es más que la tercera parte del oro que hay dentro de esa bolsa, treinta mil francos, sin contar el dinero para el viaje.

—¿Y viaja usted solo?—exclamó Luciano.

—¿Qué importa eso? — dijo el español.—Tengo más de cien mil francos en letras de cambio sobre París. Un diplomático sin dinero es lo que eras tú hace poco: un poeta sin voluntad.

En el momento en que Luciano subió al coche con el pretendido diplomático español, Eva se levantaba para dar de beber á su hijo, encontró la fatal carta y la leyó. Un sudor frío heló la ligera humedad que causa el sueño, tuvo un desvanecimiento y llamó á Kolb y á Marión.

A estas palabras: «¿Ha salido mi hermano?», Kolb respondió:

—Sí, *señoga*, antes de *amanecer*.

—Guardadme el más profundo secreto acerca de lo que voy á confiaros—dijo Eva á los dos criados,—mi hermano ha salido, sin duda, para poner fin á sus días. Corred los dos, tomad informes con prudencia, y vigilad el curso del río.

Eva permaneció sola, en un estado horrible. En medio de esta turbación en que se encontraba, fué cuando, á eso de las siete de la mañana, se presentó Petit-Claud para hablarle de negocios. En estos momentos, uno escucha á todo el mundo.

—Señora — dijo el procurador, — nuestro pobre David está encarcelado y llega á la situación que he previsto al principio de este asunto. Yo le aconsejaba entonces que se asociase, para la explotación de su descubrimiento, con sus competidores, los Cointet, los cuales tienen en sus manos los medios de ejecutar lo que en su marido no está más que en el estado de concepción. De modo que, ayer por la noche, en el momento en que supe la nueva de su arresto, ¿qué hice? fui á encontrar á los señores Cointet, con el objeto de sacarles concesiones que puedan satisfacerle. Queriendo defender su descubrimiento, la vida de ustedes continuará siendo lo que es: una vida de trampas en la que sucumbirán, en la que acabarán, agotados y moribundos,

por hacer, con un hombre adinerado, tal vez en perjuicio de ustedes, lo que yo quiero que hagan hoy, en provecho suyo, con los señores Cointet. Así se ahorrarán ustedes las privaciones, las angustias del combate del inventor contra la avidez del capitalista y la indiferencia de la sociedad. Vámonos á ver. Si los señores Cointet pagan sus deudas... si, una vez pagadas, les dan, además, una cantidad adelantada, cualquiera que sea el mérito, el porvenir y la publicidad del descubrimiento, y les conceden, siempre en el supuesto de que los hubiera, cierta parte en los beneficios de la explotación, ¿no estaría usted contenta? Será usted, señora, propietaria del material de la imprenta, y lo venderá, sin duda, valiéndole muy bien veinte mil francos: yo le garantizo un comprador por ese precio. Si obtiene usted quince mil francos por medio de una escritura de sociedad con los señores Cointet, tendrá una fortuna de treinta y cinco mil francos, y, según el precio actual de las rentas, podrá usted adquirir dos mil francos de renta. Y note usted bien, señora, que tendrá usted, además, las eventualidades de su sociedad con los Cointet; digo eventualidades, porque es preciso suponer el fracaso. Pues bien, he aquí lo que estoy en condiciones de obtener: primero, la libertad completa de David; después, quince mil francos entregados á título de indemnización por sus ensayos, dados sin que los señores Cointet puedan reclamarlos en ningún caso, aunque el descubrimiento sea improductivo, y, finalmente, una sociedad formada entre David y los señores Cointet para la adquisición de una patente de invención para explotar, después de una experiencia hecha en común y secretamente del procedimiento de fabricación, sobre las bases siguientes: los señores Cointet corren con todos los gastos. El capital de David será su invento, y tendrá la cuarta parte en los beneficios. Usted es una mujer muy juiciosa y muy razonable, cosa que no sucede con frecuencia á las mujeres muy hermosas; reflexione sobre estas proposiciones y las encontrará muy aceptables...

—¡Ah! señor—exclamó la pobre mujer desesperada y anegada en lágrimas, ¿por qué no vino usted ayer noche á proponerme esa transacción? Hubiéramos evitado el deshonra, y... lo que es peor...

—Mi discusión con los Cointet, que, como ha debido usted sospechar, se ocultaban tras Metivier, sólo terminó á las

doce. Pero ¿qué ha sucedido desde ayer que sea peor que la detención del pobre David?—preguntó Petit-Claud.

—Aquí tiene la horrible nueva que he sabido al despertarme—contestó presentando á Petit-Claud la carta de Luciano.—En este momento me prueba usted que se interesa por nosotros, que es amigo de Luciano y de David, y no necesito recomendarle el secreto...

—No tenga usted cuidado—dijo Petit-Claud devolviéndole la carta después de haberla leído.—Luciano no se matará. Después de haber sido el causante de la detención de su cuñado, necesitaba un motivo para dejarla á usted, y veo en esa carta un pretexto de escapatoria, á estilo de bastidores.

Los Cointet habían conseguido su objeto. Después de haber torturado al inventor y á su familia, se aprovechaban de ese momento de tortura en que el cansancio pide algún reposo. Todos los buscadores de secretos no tienen nada de los perros de presa, que mueren con la víctima entre sus dientes, y los Cointet habían estudiado sabiamente el carácter de sus víctimas. Para el gran Cointet, la detención de David era la última escena del primer acto de aquel drama. El segundo acto comenzaba con la proposición que Petit-Claud acababa de hacer. Como maestro consumado, Petit-Claud consideró la última hazaña de Luciano como uno de esos sucesos inesperados que deciden una partida. Vió tan anonadada á Eva por aquel acontecimiento, que resolvió aprovecharse de él para conquistar su confianza, pues había acabado por adivinar la influencia de la mujer sobre el marido. Así, pues, en lugar de sumir aún más en la desesperación á la señora Sechard, procuró tranquilizarla, y la llevó hábilmente hacia la cárcel en la situación de ánimo en que se hallaba, pensando que determinaría entonces á David á asociarse con los Cointet.

—Señora, David me ha dicho que no deseaba la fortuna más que para usted y para su hermano; pero ya debe usted estar convencida que sería una locura querer enriquecer á Luciano. Ese muchacho sería capaz de comerse tres fortunas.

La actitud de Eva decía con bastante claridad que la última ilusión que cifraba en su hermano había desaparecido; por eso el procurador hizo una pausa para convertir el silencio de su cliente en una especie de asentimiento.

—Así, pues, en esta cuestión—prosiguió,—sólo se trata de usted y de su hijo. Ahora, á usted le toca saber si dos mil francos de renta bastan para su felicidad, sin contar la herencia del viejo Sechard. Desde hace mucho tiempo, su suegro tiene una renta de siete á ocho mil francos, y además los intereses que sabe sacar de sus capitales; de este modo, después de todo, tendrá usted un hermoso porvenir. ¿A qué atormentarse?

El procurador dejó á la señora Sechard reflexionando sobre aquella hermosa perspectiva, bastante hábilmente preparada la víspera por el gran Cointet.

—Vaya usted á hacerles entrever la posibilidad de obtener una suma cualquiera—había dicho el lobo de Angulema al procurador, cuando éste fué á anunciarle la detención;—y cuando se hayan acostumbrado á la idea de palpar una cantidad, serán nuestros: regatearemos, y poco á poco les haremos llegar al precio que queremos dar por el secreto.

Esta frase contenía, en parte, el argumento del segundo acto de aquel drama financiero. Cuando la señora Sechard, con el corazón destrozado por sus inquietudes acerca de la suerte de su hermano, se hubo vestido y bajó para ir á la cárcel, experimentó la angustia que le producía la idea de atravesar sola las calles de Angulema. Sin preocuparse de la ansiedad de su cliente, Petit-Claud volvió para ofrecerle su brazo, llevado de un pensamiento maquiavélico, y tuvo el mérito de una delicadeza á la que Eva fué extremadamente sensible, pues se dejó dar las gracias sin sacarla de su error. Esta insignificante atención en un hombre tan duro, tan frágil, y en semejante momento, cambió el juicio que la señora Sechard tenía formado hasta entonces de Petit-Claud.

—La llevo—le dijo—por el camino menos largo; pero no encontraremos á nadie.

—¡Esta es la primera vez, señor, que no tengo derecho á ir con la cabeza alta! me lo hicieron saber muy cruelmente ayer...

—Será la primera y la última.

—¡Oh! no permaneceré, seguramente, en este pueblo...

—Si su marido aprobase las proposiciones propuestas entre los Cointet y yo—dijo Petit-Claud á Eva al llegar al umbral de la cárcel,—hágame saber: vendré al instante

con una autorización de Cachán que permitirá salir á David de la prisión, y seguramente no tendrá que volver á ella...

Esto, dicho enfrente de la cárcel, era lo que los italianos llaman una *combinación*. En ellos, esa palabra significa el acto indefinible en el que se encuentra algo de perfidia mezclada con el derecho, el caso de un fraude permitido, un pillaje casi legítimo y bien hecho; según ellos, la San Bartolomé es una combinación política. Por las causas expuestas más arriba, la detención por deudas es un hecho judicial tan raro en provincias, que en la mayor parte de los pueblos de Francia no existen cárceles. En ese caso, el deudor es encerrado en la prisión donde se encarcela á los sospechosos, á los acusados, á los culpables y á los condenados. Tales son los nombres diferentes que toman legal y sucesivamente esos á los que el pueblo llama genéricamente *criminales*. Así, pues, David fué encerrado provisionalmente en una de las habitaciones bajas de la cárcel de Angulema, de donde tal vez acababa de salir algún condenado después de haber cumplido la condena. Una vez inscrito con la suma decretada por la ley para la alimentación del prisionero durante un mes, David encontróse ante un hombre gordo que, para los presos, se convierte en un poder mayor que el del rey: ¡el carcelero! En provincias no se conoce ningún carcelero delgado. Primero, porque esa plaza es casi una sincura, y después porque un carcelero es una especie de posadero que no tiene que pagar casa y se alimenta muy bien, alimentando muy mal á sus prisioneros, á los que aloja, por otra parte, como hace el posadero, según sus medios. Conocía á David de nombre, á causa de su padre sobre todo, y tuvo la confianza de darle una buena cama por una noche, aunque David no tenía un céntimo. La prisión de Angulema data de la Edad media, y, al igual que la catedral, no ha sufrido ningún cambio. Llamada aún casa de justicia, está adosada al presidio antiguo. El postigo es clásico; es la puerta claveteada, sólida en apariencia, gastada, baja y de construcción tanto más ciclópea en cuanto que tiene una especie de ojo único en la frente, en el ventanillo, por donde el carcelero reconoce á las personas antes de abrir. Un corredor se extiende á lo largo de la fachada, en el patio, y á ese corredor dan varios cuartos cuyas ventanas, altas y guardadas por rejas de hierro, reciben la luz del patio. El carce-

lero ocupa una habitación separada de esos cuartos por una bóveda que divide el patio en dos partes, y á cuyo extremo se ve, desde el postigo, un enrejado que cierra el patio. David fué conducido por el carcelero á uno de los cuartos que se hallaban cerca de la bóveda, y cuya puerta daba enfrente de su habitación. El carcelero quería tener de vecino á un hombre que, dada su posición particular, podía hacerle compañía.

—Es el mejor cuarto—dijo al ver estupefacto á David ante el aspecto del local.

Las paredes de aquel cuarto eran de piedra y bastante húmedas. Las ventanas, muy elevadas, tenían barrotes de hierro. Las baldosas de piedra despedían un frío glacial. Oíase el paso regular del centinela paseándose por el corredor. Aquel ruido monótono, como el de la marea, sugería continuamente este pensamiento: «¡Te guardan! ¡no eres libre!» Todos estos detalles, ese conjunto de cosas, obran prodigiosamente en la moral de las personas honradas. David vió una cama execrable; pero el hombre encarcelado está tan violentamente agitado durante la primera noche, que no se apercebe de la dureza de la cama hasta el segundo día. El carcelero estuvo amable y propuso, naturalmente, á su detenido, pasearse por el patio hasta la noche. El suplicio de David no comenzó hasta la hora de acostarse. Estaba prohibido dar luz á los presos; era, pues, necesario un permiso del procurador del rey para exceptuar al detenido por deudas del reglamento, que sólo se refería evidentemente á las personas colocadas bajo el peso de la justicia. El carcelero admitió en su habitación á David; pero fué preciso encerrarlo á la hora de dormir. El pobre marido de Eva conoció entonces los horrores de la prisión y la grosería de sus costumbres, y sublevóse. Pero por una de esas reacciones comunes en los pensadores, se aisló en aquella soledad, libróse de ella con uno de esos sueños que los poetas tienen el poder de hacer completamente despiertos. El desgraciado acabó por fijar su reflexión en sus asuntos. La prisión induce enormemente al examen de conciencia. David se preguntó si había cumplido sus deberes de jefe de familia; ¿cuál debía ser la desolación de su mujer? ¿por qué, como le decía Marión, no ganar mucho dinero para poder hacer más tarde su descubrimiento cómodamente?

—¿Cómo permanecer en Angulema después de semejante

escándalo?—se dijo.—Si salgo de la cárcel, ¿qué será de nosotros? ¿adónde iremos?

Algunas dudas se le ocurrieron acerca su modo de conducirse. ¡Fué una de esas angustias que sólo pueden ser comprendidas por los mismos inventores! De duda en duda, David consiguió ver clara su situación, y se dijo lo que los Cointet habían dicho al padre Sechard, lo que Petit-Claud acababa de decir á Cointet: «Suponiendo que vaya bien, ¿qué será en la aplicación? Necesito una patente, y cuesta dinero... Necesito una fábrica para hacer los ensayos, que será lo mismo que descubrir mi secreto...» ¡Oh! ¡cuánta razón tenía Petit-Claud! Las prisiones más oscuras despiden los más vivos destellos.

—¡Bah!—dijo David acostándose en la especie de cama de campaña en la que había un colchón de tela oscura muy basta,—mañana temprano verá, sin duda, á Petit-Claud.

David se había preparado para escuchar las proposiciones que le llevaba su mujer de parte de sus enemigos. Después de abrazar á su marido y de sentarse al pie de la cama, pues no había allí más que una silla de madera de la peor especie, la mirada de Eva fijóse en la horrible cubeta colocada en un rincón, y en las paredes llenas de nombres y apotegmas escritos por los predecesores de David. Entonces comenzaron á desprenderse lágrimas de sus ojos enrojecidos. Aun derramó algunas lágrimas más, después de lo que había llorado ya, al ver á su marido en la situación de un criminal.

—¡Mira hasta dónde puede conducir el deseo de la gloria!... —exclamó.— ¡Oh! ángel mío, abandona esa carrera... Vayamos juntos á lo largo de la senda llana, y no busquemos una fortuna rápida... Necesito poco para ser feliz, sobre todo después de haber sufrido tanto!... ¡Y si tú supieras!... ¡esta deshonrosa detención no es nuestra mayor desgracia!... ¡toma!

Y le presentó la carta de Luciano, que David leyó en seguida, y para consolarla le dijo la horrible frase de Petit-Claud acerca de Luciano.

—Si Luciano quería matarse, lo habrá hecho ya—dijo David;— si no lo ha hecho aún, no se matará: como él dice, no puede tener valor más que una mañana.

—¡Pero esta incertidumbre es horrible!—exclamó la hermana, que lo perdonaba todo ante la idea de la muerte.